

PREMIO
Lo mejor del pensamiento

ENSAYO
cristiano latinoamericano

EL PODER
DEL ESPÍRITU
SANTO
¿QUÉ SIGNIFICA
HOY
EN
AMÉRICA
LATINA?

ALEX CHIANG

DANIELA ARAYA

MARTÍN OCAÑA

CARLOS SCOTT

GINA CABRERA

SALOMÓN MELGARES



Ediciones PUMA

PREMIO
Lo mejor del pensamiento

ENSAYO
cristiano latinoamericano

EL PODER
DEL ESPÍRITU
SANTO
¿QUÉ SIGNIFICA
HOY
EN
AMÉRICA
LATINA?

ALEX CHIANG

DANIELA ARAYA

MARTÍN OCAÑA

CARLOS SCOTT

GINA CABRERA

SALOMÓN MELGARES



Ediciones PUMA

CONTENIDO

Prólogo.....	5
I El Reino, el Espíritu y la Palabra: haciendo teología desde América Latina — <i>Alex Chiang</i>	9
II Luz en medio del caos: el Espíritu Santo en latinoamérica — <i>Daniela Araya</i>	29
III Luces y sombras en tiempos de avivamiento: una lectura de “los hechos del Espíritu Santo” — <i>Martín Ocaña</i>	45
IV Un nuevo capítulo de los hechos del Espíritu Santo: reflexión sobre la iglesia iberoamericana y el movimiento misionero — <i>Carlos Scott</i>	65
V El Espíritu Santo: entre la libertad, la manipulación y la obediencia — <i>Gina Cabrera</i>	93
VI Significa complicación — <i>Salomón Melgares Jr.</i>	113
Autores.....	133

PRÓLOGO

El Espíritu del Señor está sobre nosotros

El poder del Espíritu Santo no siempre se ha entendido de la misma manera en América Latina. Hablar de ese poder es tema preferente en muchos círculos de fe, sin embargo se usa y se abusa de su mención, ya sea para alentar la piedad popular, para promover experiencias extáticas y, en no pocos casos, se usa también para amparar con “santa licencia” las nuevas estructuras de poder de los viejos clericalismos evangélicos. El Espíritu Santo, como se puede ver, sirve para todo y le es útil a todos.

Que el concurso de ensayo Letra Viva haya invitado a considerar el tema *El poder del Espíritu Santo, ¿qué significa hoy en América Latina?* es, de por sí, alentador. El tema y la forma provocadora como se presenta su pregunta final nos convoca a la autocrítica, a la reflexión atenta, cuando no al quehacer teológico con sabor a misión responsable. Porque no se trata solo de hablar del Espíritu ni de pronunciar su poder, sino de confirmar si esa evocación responde al carácter con el que lo vivió Jesús y como lo presentan las Escrituras.

Decía el Maestro en la sinagoga de Nazaret: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los presos y dar vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año del favor del Señor* (Lc 4.18–19). ¡Vaya forma de inaugurar el ministerio y de hacerlo, precisamente allí, entre sus más conocidos amigos y paisanos! Fue un discurso de presentación que poco tuvo de rancia retórica religiosa, como se acostumbraba por parte de los grandes rabinos de la capital; no era eso para lo que Jesús había venido. En estas palabras Jesús

marcó la diferencia que haría entre la creencia (tan conocida para la religión de Israel) y la fe (tan poco conocida para los seguidores de la ley); entre vivir la fe animado por el Espíritu de Dios y vivirla acomodado a los cánones de la tradición.

Siempre que el Espíritu de Dios está presente, hay novedad. De Él surge la creatividad para iniciar de nuevo, para intentar lo que nunca se ha logrado, para soñar con el futuro de Dios e intentar que ese mañana se haga presente. Con razón, el apóstol Pablo enseña que *donde está el Espíritu de Dios, allí hay libertad* (2Co 3.17). Y así lo vivió Jesús quien era una persona libre.

Teniendo en cuenta las insinuaciones anteriores, cobra vigencia la pregunta por el significado del poder del Espíritu Santo en América Latina. Porque se habla (a veces se grita), se canta y se predica acerca del Espíritu, precisamente allí donde se preservan modelos de liderazgo abusivos, se fomentan modelos empresariales de iglesias con jugosas ganancias económicas y se hacen sagaces juegos políticos para promover al candidato de turno (que pareciera ser el del partido de siempre). La pregunta es válida: ¿qué significa y a quién sirve? Este poder no se legitima ni por el aparente éxito numérico —iglesia multitudinarias que confunden cantidad con bendición— ni por la extravagancia de las prácticas litúrgicas; mucho menos por los favores políticos recibidos por parte del poder de turno. Nada de esto estaba en el corazón del Señor cuando habló del Espíritu en Nazaret.

El poder del Espíritu está vinculado —si nos mantenemos en la enseñanza de Jesús— con los empobrecidos y con la buena noticia que nuestro evangelio tiene para ellos. Es un poder liberador para quienes padecen el peso asfixiante de los otros poderes del mundo, el de los sistemas económicos opresores y el de los modelos políticos deshumanizantes. Es poder para servir (no para ser servido), para amar (no para fomentar el odio), para proclamar la paz, la justicia y la armonía en todas las dimensiones de la existencia humana. De allí que seguir a Jesús bajo ese poder sea también peligroso, porque es un poder que contradice con radicalidad compasiva a esos otros poderes alienantes y excluyentes.

En 1968, el Patriarca Ignacio IV de Antioquía pronunció en Uppsala, en el seno de la Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias el siguiente texto:

Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el evangelio es letra muerta, la Iglesia es una pura organización, la autoridad es tiranía, la misión es propaganda, la liturgia es simple recuerdo, y la vida cristiana es una moral de esclavos. Pero en el Espíritu, y en una sinergia indisociable, el cosmos es liberado y gime en el alumbramiento del Reino, el hombre lucha contra la carne, Cristo resucitado está aquí, el evangelio es una fuerza vivificadora, la Iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un Pentecostés, la liturgia es memorial y anticipación, y la acción humana es divinizada.

Bienvenida entonces la convocatoria del concurso de ensayo; bienvenidos sus resultados con los seis ganadores que, desde distintos ángulos se acercan a las preocupaciones aquí esbozadas. Y para *Letra Viva*, que vengan las felicitaciones, porque también en la convocatoria de este concurso hay señales del Espíritu; en su deseo de ver surgir nuevos escritores y escritoras en estas tierras de tradición oral, donde la escritura no ha estado dentro de nuestros aprendizajes culturales; donde la publicación de una obra escrita es hazaña que pocos intentan y donde la vocación de escribir está reservada para unos pocos. En cada uno de los seis ensayos encontraremos ideas sugestivas y pensamientos provocadores para seguir respondiéndonos, desde nuestras convicciones y experiencias, por el significado del poder del Espíritu en cada uno de nuestros países y, en particular, en nuestras comunidades de fe.

El Espíritu del Señor también está sobre nosotros, la pregunta es insistente: ¿para qué nos sirve su poder?

HAROLD SEGURA
San José, mayo 5 de 2012



I

**El Reino, el Espíritu y la Palabra:
haciendo teología desde
América Latina**

Alex Chiang

EL REINO, EL ESPÍRITU Y LA PALABRA: HACIENDO TEOLOGÍA DESDE AMÉRICA LATINA

“La Iglesia no vive por su fidelidad al mensaje ni por mantener la comunión con los apóstoles, vive por el poder supremo del Espíritu de Dios”.

“Todo lo que se hace sin Él es falso, hueco, puede tener la forma de iglesia pero no su vida. Necesitamos darnos cuenta que así sucede. Que un cuerpo puede tener toda la forma externa de una iglesia y predicar la doctrina verdadera de la iglesia, sin embargo estar muerta; y por [...] otro lado, que el Espíritu viviente puede y da su vida a los cuerpos carentes en alguna forma de la plenitud del verdadero orden y enseñanza de la iglesia”.

Lesslie Newbigin, *La familia de Dios*

Introducción

Es notorio el crecimiento explosivo de los grupos conocidos como carismáticos o “neopentecostales”. Asimismo, es frecuente que sectores evangélicos que los cuestionaron en el pasado, asuman hoy sus formas litúrgicas, sus énfasis doctrinales y modelos de misión.

Basta visitar alguna megaiglesia carismática para percibir que un buen número de sus asistentes emigraron de iglesias más conservadoras en busca de una experiencia de fe más cercana a sus nuevas expectativas y necesidades. Este desplazamiento se ha producido no solo a nivel de los creyentes en general, sino también en los líderes más representativos, como directores de grandes organizaciones cristianas, escritores, teólogos de renombre y pastores muy conocidos.

Todos ellos vivieron su fe por muchos años en marcos doctrinales no carismáticos, y en una etapa avanzada de sus vidas y ministerios enrumbaron hacia formas de espiritualidad más

abiertas al obrar del Espíritu Santo. La mayoría de ellos posee una sólida formación teológica y una intachable trayectoria ministerial; no obstante, dan testimonio de una gran insatisfacción en su vivencia de fe. Esto generó en ellos una búsqueda de mayor intimidad con el Espíritu, y como resultado obtuvieron un dinamismo nuevo en sus vidas de piedad y ministerios.

Esta *carismatización* de la cristiandad latinoamericana nos interroga sobre nuestra identidad evangélica a la luz del lugar del Espíritu de Dios en nuestro seguimiento de Jesús. Una vez escuché la siguiente comparación: Si preguntas a un católico, a un evangélico no pentecostal y a un carismático: “¿Por qué crees que tu iglesia es realmente cristiana y no una secta?” A esta interrogante el católico contestará: “Porque mi iglesia es la única que fue fundada por Cristo”. El evangélico no pentecostal dirá: “Porque en mi iglesia se predica la Palabra”. El carismático, en cambio, afirmará: “Porque en mi iglesia se siente el poder del Espíritu”.

La diversidad de respuestas muestra lo difícil que ha sido para la espiritualidad evangélica encontrar un balance entre la proclamación de la Palabra de Dios y la acción del Espíritu Santo. Esta ausencia de equilibrio ha producido dolorosas divisiones al interior del pueblo de Dios con el correspondiente daño a su unidad y testimonio en el mundo.

Este trabajo busca entender la naturaleza de la tensión entre el conocimiento de las Escrituras y la presencia del Espíritu en el contexto del reino de Dios, y brindar algunas propuestas reconciliadoras. La base de nuestra reflexión será el texto bíblico que narra el encuentro de Jesucristo con Nicodemo.

El Espíritu y los límites de la teología: un maestro que no sabe

Una de las enseñanzas iniciales de Jesús en torno al Espíritu brota de su encuentro con el líder religioso de nombre Nicodemo. Puede ser leído en el evangelio de Juan, capítulo 3, versículos del 1 al 16.

La mayor parte de la comprensión neotestamentaria que posee la iglesia acerca de la persona y obra del Espíritu se ha

desarrollado a partir de los últimos capítulos del evangelio de Juan, los Hechos de los Apóstoles y algunas cartas paulinas. Sin embargo, los primeros capítulos del evangelio de Juan contienen significativas alusiones a la misión del Espíritu (entre ellos está el capítulo que vamos a analizar) que enriquecerán nuestro entendimiento de la tercera persona de la Trinidad y su relación con la Palabra.

La teología como construcción humana: la presencia de lo subjetivo en la producción del conocimiento bíblico

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos (*Jn 3.1*).

El relato ofrece una descripción detallada de Nicodemo. En primer lugar, menciona que es un “hombre” (serlo era una gran ventaja en la sociedad machista y patriarcal de Israel del siglo I); luego continúa con una declaración de su línea religiosa dentro del judaísmo: “fariseo”. Él pertenecía a una de las mejores tradiciones teológicas, caracterizada por su celo en conocer y obedecer las Escrituras. El siguiente dato se refiere a su posición social: era un “principal”; en otras palabras, era parte del poderoso e influyente Sanedrín, órgano de gobierno judío formado por setenta personas selectas de la sociedad israelita. Finalmente, se recalca que es “judío”; por lo tanto, heredero de una riquísima herencia cultural. Como se ve, este líder religioso judío era un fiel representante de lo mejor del mundo de aquel entonces.

Nicodemo, como nosotros, estaba profundamente condicionado por la realidad histórica en que vivía. Los cuatro aspectos señalados de este personaje: género, formación religiosa, posición social y realidad cultural, también forjan la personalidad de cada uno de nosotros e influyen fuertemente en nuestra manera de hacer teología. Vamos a ilustrar cómo intervienen cada uno de estos aspectos.

Debido a la formación cultural recibida, hombres y mujeres leemos la Biblia de manera distinta. Cuando un caballero

reflexiona sobre un personaje bíblico, la pregunta dominante es de carácter racional: “¿Qué está pensando?” En cambio, cuando una dama reflexiona acerca del mismo personaje, la interrogante predominante para ella será más de naturaleza emocional: “¿Qué está sintiendo?” Esto le permite a cada uno percibir aspectos del relato que pueden permanecer ocultos para el otro.

Algo similar ocurre con nuestras tradiciones denominacionales. Es muy diferente cuando un bautista o un pentecostal estudian el libro de Hechos de los Apóstoles. Cada uno tiene presupuestos teológicos distintos que condicionan su interpretación. Recuerdo a mi profesor de teología enseñándonos: “Somos llamados a seguir las enseñanzas apostólicas y no a buscar sus experiencias”. Pero siempre me pregunté si era posible obedecer las enseñanzas de los apóstoles sin, al menos, tener alguna de sus experiencias.

Respecto de la situación socioeconómica, la experiencia de una persona pobre no es igual que la de una rica cuando ambas se acercan a la Biblia. Si alguien de escasos recursos lee la historia donde Jesús multiplicó los panes y los peces, verá comida real que alivia el hambre del pueblo necesitado. Pero si es una persona pudiente, en cambio, va a tender a espiritualizar el relato. Transformará los alimentos en comida espiritual para el alma y, de esa manera, eliminará del texto toda enseñanza que la confronte con su situación de privilegio y abundancia.

Finalmente, en nuestras realidades culturales no es lo mismo cuando un latinoamericano, un europeo o un asiático interpretan y aplican la Biblia a su propia situación. Por ello, tiene mucho sentido hablar de una teología latinoamericana o europea o asiática. Los desafíos que enfrentan sociedades tan diversas influyen en la forma de hacer teología. Ocurre un fenómeno parecido entre los que viven en mundos tan distintos como el urbano y el rural. Recuerdo la risa de una congregación capitalina producto de mi explicación humorística de un pasaje bíblico; pero, cuando la repetía en una iglesia del campo, todos terminaban mirándome en silencio con cara de extrañeza por no haberme entendido.

Estos ejemplos muestran, claramente, la presencia de lo subjetivo y de nuestros referentes en el quehacer teológico. Nuestras realidades personales y el contexto en el que vivimos permean nuestra manera de interpretar, aplicar y comunicar las verdades de las Escrituras, aunque no siempre seamos conscientes de ello.

Debido a lo complejo del tema, voy a ilustrarlo una vez más: Mi comprensión del patriarca Abraham estuvo marcada por las diferentes etapas de mi propia existencia. Cuando era joven y soltero me atraía la magnitud de su fe en Dios y ¡cómo anhelaba tener una fe semejante! Luego me casé y Abraham se transformó en el esposo de Sara y lo comencé a ver desde esta nueva perspectiva. Más adelante fui padre, y entonces él ya no era solo el padre de la fe, sino también el padre de Ismael e Isaac. Mi visión actual sobre la vida de Abraham es la de un hombre muy cerca de Dios, pero muy lejos de su esposa e hijos. Lo observo como un personaje con grandes virtudes (que debemos imitar) pero a la vez con defectos (que no debemos repetir). Así, los diferentes momentos de mi vida operaron como un lente con capacidad de iluminar y oscurecer simultáneamente aspectos de la revelación bíblica.

Un error común entre los teólogos es creer que su interpretación de la Biblia es totalmente objetiva. Nada más equivocado. Esta pretensión de objetividad en el conocimiento fue uno de los presupuestos de la modernidad más cuestionado por el mundo posmoderno. Por ello, debemos reconocer la presencia de lo subjetivo, y su capacidad de alumbrar y ocultar en la construcción del conocimiento. Es una de las grandes contribuciones de la posmodernidad a la ciencia en general y a la exégesis bíblica en particular.

Esto implica aprender a distinguir entre lo que la Biblia dice y lo que decimos acerca de la Biblia. Muchos creen estar resguardando alguna enseñanza bíblica cuando en el fondo solo están defendiendo una interpretación denominacional. De ahí la importancia de separar las verdades bíblicas indiscutibles de los discursos eclesiales que construimos a partir de esas verdades.

Los discursos siempre deben estar abiertos a evaluación y perfeccionamiento.

Por ejemplo, la Biblia enseña claramente que Cristo regresará para el establecimiento pleno de su reino. Pero los discursos escatológicos acerca de cuándo y cómo ha de venir son solo propuestas que reflejan la diversidad de escuelas interpretativas existentes. Para nutrir nuestra formación, deberíamos aprender unos de otros las diferentes propuestas.

Permítanme mostrarles otro caso personal sobre cómo nuestras realidades subjetivas nos facilitan o dificultan la comprensión de las Escrituras. El que escribe es una persona con una discapacidad física; esta condición personal me da una sensibilidad especial hacia los pasajes de las Escrituras donde aparecen personas con dificultades semejantes a las mías. Yo puedo analizar y predicar estos textos desde planos y ángulos a los que una persona sana muy difícilmente podría acceder. Por ejemplo, lograr empatía e identificación con personas discapacitadas desde el ángulo de sus sufrimientos. Por otra parte, también soy una persona que ha crecido en un hogar de clase media, en cuyo seno mis necesidades materiales siempre fueron satisfechas. Debido a ello, he encontrado dificultades para conectarme con la realidad de la pobreza, tan presente en el mundo de la Biblia y el actual.

En resumen, la teología es una ciencia y, como toda ciencia, es una construcción humana sujeta a miradas erradas, parciales, subjetivas, y siempre perfectible.

Nicodemo se acerca a Jesús a partir de su realidad concreta, como varón, fariseo, principal de la sinagoga y judío; desde ahí comienza a forjar su comprensión y discurso acerca de Dios, su reino y Espíritu.

La tendencia conservadora de la teología: explicar lo nuevo a través de lo antiguo.

Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede

hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él
(Jn 3.2).

Luego de describir la realidad personal de Nicodemo, el relato nos envuelve en la atmósfera del encuentro de los dos personajes de noche. Muchos piensan que la elección de una hora tan avanzada se debía al interés de Nicodemo de cuidar su reputación, pues no sería bien visto que un líder público y respetado como él se entrevistara con un personaje tan cuestionado como Jesús. Aunque no descarto tal interpretación, me siento más inclinado a ver la noche como sinónimo de la oscuridad en que se encontraba Nicodemo y su gran necesidad de luz.

La primera palabra que brota de los labios de Nicodemo al iniciar su diálogo con Jesús es “Rabí”. Este era el título con que el pueblo judío se dirigía a sus líderes religiosos y significa maestro. Al llamarlo así, Nicodemo no expresa ningún reparo en reconocerlo como tal. Vale la pena recalcar que el título “rabí” también lo empleaba el pueblo para referirse a Nicodemo. Por lo tanto, Nicodemo viene a su cita con Jesús de rabí a rabí, de maestro a maestro. Para Nicodemo, esta es una reunión entre colegas, entre iguales.

Inmediatamente después de llamarlo rabí, le dice: “sabemos”. Nicodemo no vino a preguntar ni a aprender nada de Jesús. Él vino a afirmar lo que ya sabía. Vale la pena destacar que esta palabra es pronunciada en plural. No dice “sé”, sino “sabemos”. Podemos inferir, entonces, que no habla solo a título personal, sino, en representación de los líderes fariseos de Jerusalén; de esta manera, él reflejaba el orgullo y autosuficiencia intelectual que ostentaban. En otras palabras, Nicodemo vino a informarle a Jesús la posición oficial que sobre él tenían sus correligionarios. Ellos no tenían ningún problema en aceptarlo como maestro y aún más: “un maestro que ha venido de Dios”. Aunque Jesús no se haya graduado en sus mismas escuelas teológicas ni posea los mismos títulos ni credenciales, estaban dispuestos a incorporarlo como parte del gremio de maestros de Israel. Pero hasta ahí nomás. De ningún modo aceptarían lo que el pueblo ignorante estaba comenzando

a decir de él: que era el Hijo del Hombre, el Mesías prometido. Para los líderes religiosos, Jesús es sencillamente un maestro, muy especial, pero solo un maestro. Al inicio del ministerio de Jesús, esta era la interpretación que tenía el fariseísmo sobre él. Pero, con el transcurrir del tiempo, esto cambiaría drásticamente, hasta tal punto que terminaron por asociar a Jesús con los demonios. Finalmente, lo ejecutaron como a un vil blasfemo.

Las razones de Nicodemo para aceptar a Jesús como un maestro con credenciales divinas están expresadas en esta frase: “...porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”. Lo expresado por este personaje lo sintetizaría en dos palabras clave: acción y presencia. Nicodemo nos da un ejemplo extraordinario de teología, a partir del cual los creyentes podemos intentar responder dos tipos de preguntas:

- a. ¿Qué puede hacer Dios y qué no? (Acción)
- b. ¿Con quién está Dios y con quién no? (Presencia)

Veamos la relevancia de cada una de estas preguntas en la realidad latinoamericana.

La primera pregunta gira en torno a las acciones de Dios. Muchos nos preguntamos, por ejemplo, si Dios en medio de un culto —sea por imposición de las manos, por el soplado, o el movimiento rápido del saco de un pastor—, puede derribar de espaldas a la gente sobre el suelo. Frente a esta experiencia tan común y frecuente en los servicios carismáticos, he escuchado una variedad de puntos de vista. Desde quienes lo avalan como una manifestación del Espíritu, hasta los que argumentan lo contrario: unos dicen que Dios jamás tumba a las personas, sino, por el contrario, las levanta. Otros, más moderados, afirman que Dios sí hace caer a las personas, pero nunca para atrás, sino para adelante, de rodillas, en actitud de adoración. Por supuesto, cada una de estas respuestas viene respaldada por una andanada de versículos bíblicos. Pero lo importante aquí no es tanto responder la pregunta, sino mostrar cómo cada uno de nosotros se verá obligado a usar su formación teológica para discernir cuál acción es de Dios y cuál no.

La segunda pregunta se mueve alrededor de la presencia de Dios: ¿Con quién está Dios y con quién no está? Veamos un ejemplo. Si hiciera la siguiente pregunta: ¿Está el Espíritu de Dios presente y obrando a través de la Iglesia Católica Romana en América Latina?, unos dirán que sí, otros que no. En este caso, también, nuevamente, cada respuesta estará muy bien argumentada y sustentada con porciones bíblicas. Del mismo modo, podríamos preguntarnos: ¿Está el Espíritu de Dios presente y obrando a través del movimiento religioso conocido como “Pare de Sufrir”? Los que dijeron que Dios sí está presente en la Iglesia Católica muy seguro dirán ahora que no. Lo importante aquí no es polemizar, sino evidenciar cómo estamos obligados a recurrir a nuestros presupuestos teológicos para responder cuestionamientos de este estilo.

La formación teológica de Nicodemo le permitió reconocer que las acciones de Jesús eran una señal de la presencia de Dios con él, siempre y cuando Jesús se definiera como un maestro y nada más. Su formación religiosa no le permitía ver a Jesús como el Hijo del Hombre (título mesiánico).

Esto evidencia la tendencia profundamente conservadora de la teología que busca comprender las nuevas situaciones desde un marco conceptual preexistente. Jesús era un acontecimiento totalmente único y nuevo. Nunca hubo alguien que pretendiera ser Dios y hombre a la vez. Y ahora Nicodemo está tratando de encajar la realidad singular de Jesús en un marco teológico estrecho. Esto, por absurdo que parezca, es como tratar de encajar una pieza cuadrangular en un molde circular. Nicodemo tenía la gran oportunidad de ensanchar sus horizontes de conocimiento; pero desaprovechó la oportunidad, pues más bien buscó encasillar a Jesucristo dentro de su formato teológico fariseo, reduciéndolo a un simple maestro.

Esta tendencia conservadora de la teología sigue presente en la mayoría de los centros de formación teológica y en los agentes pastorales de nuestras iglesias. Una muestra de ello es cómo tratamos de hacer misión cristiana en un mundo posmoderno con marcos bíblicos y énfasis teológicos desarrollados en la modernidad. También están nuestras respuestas a los desafíos de

la homosexualidad elaboradas a partir de formulaciones teológicas basadas en el concepto de sexo (biológico) y resistentes a incorporar la realidad de género (social). De esa manera, en vez de encarar los nuevos escenarios con una reflexión teológica creativa y contextual que amplíe nuestros marcos bíblicos, simplificamos la realidad para ajustarla a comprensiones pasadas.

La teología como búsqueda afectiva de la verdad: para comprender a Jesús hay que conocerlo

Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios.

Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios.

Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.

No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.

El viento sopla de donde quieres, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu (*Jn 3.3-8*).

Los malos entendidos que se producen entre Jesús y sus diferentes interlocutores son situaciones que se repiten bastante en el evangelio de Juan. Escuché a alguien llamar a esto: “los malentendidos de Jesús”. Jesús habla de manera figurada y la gente lo interpreta literalmente. Detrás de estos constantes desencuentros subyace la siguiente verdad: no conocemos a Jesús, por eso lo malinterpretamos. O, dicho de manera positiva: para comprender a Jesús, hay que conocerlo.

En su respuesta a las afirmaciones de Nicodemo, Jesús introduce dos realidades teológicas centrales en su misión: el reino

y el Espíritu, las cuales Nicodemo malinterpreta, evidenciando así su desconocimiento de Jesús. Analicemos cada una de ellas.

a. La esperanza farisea: un reino sin rey

En su diálogo con Nicodemo, Jesús pone sobre el tapete como primer tema el reino de Dios. Y ¿por qué Jesús introduce el tema del reino de Dios en su diálogo con Nicodemo? Porque el fariseísmo, corriente teológica judía de la cual Nicodemo era uno de sus más conspicuos representantes, se podría resumir como una esperanza del reino pero sin rey. Los fariseos esperaban ver a Dios irrumpir en la historia para establecer su reino; Israel volvería a ser la cabeza de las naciones, y dejaría de ser el pueblo vencido y conquistado que en aquel momento era. Pero no conocían al rey de este futuro reino.

Una vez escuché conceptualizar así sobre la Iglesia Católica Romana en nuestro continente: tienen reino (influencia política, poder económico, presencia social, etcétera), pero no conocen al rey de este reino. Ahora bien, las iglesias evangélicas tampoco estamos mucho mejor, ya que decimos que conocemos al rey pero no tenemos reino. Y así como no es suficiente un reino sin rey, tampoco lo es un rey sin reino.

En América Latina, el reino es un concepto teológico sobre el cual existe diversidad de planteamientos. Están quienes lo definen como una realidad presente y material (posición de algunos sectores ecuménicos) y quienes lo conceptualizan como una realidad futura y espiritual (posición de algunos sectores carismáticos). Dentro de estos dos extremos marcados, uno puede encontrar una gran variedad de enseñanzas al respecto.

b. La religiosidad farisea: una espiritualidad sin Espíritu

El segundo tema que Jesús nos pone sobre la mesa es el Espíritu de Dios (ver cita bíblica líneas arriba). Este es otro aspecto controversial sobre el cual tampoco hemos logrado un consenso entre las diversas tradiciones eclesiales de América Latina. Cómo el Espíritu de Dios obra, se manifiesta y actúa en la iglesia y el mundo, sigue siendo causa de debate y división al interior de nuestras iglesias.

La razón de Jesús para abordar este tema era evidenciar otra de las contradicciones de la teología farisea: no había lugar para el Espíritu en su experiencia de fe. Era una espiritualidad sin Espíritu. Nicodemo y los fariseos creían que podían amar, obedecer y servir a Dios sin necesidad del Espíritu. Igualmente, en la interpretación y aplicación de las Escrituras.

Dentro de las iglesias evangélicas una de las palabras comunes para criticar a una persona muy legalista o hipócrita es decirle: “No seas fariseo”. Pero cuántos de nosotros bebemos del espíritu fariseo cuando manifestamos, con nuestras acciones más que con nuestras palabras, que podemos vivir la vida cristiana con nuestros propios recursos y capacidades. En ese sentido, podemos llegar a ser tan fariseos como los personajes bíblicos.

En muchas de las confesiones de fe de denominaciones y organizaciones protestantes históricas, las únicas menciones que se hacen del Espíritu Santo tienen que ver con la ayuda que presta para interpretar las Escrituras. Sin embargo, en las Escrituras encontramos el testimonio fehaciente del Espíritu de Dios que se mueve en todos los aspectos de la vida. Esta es una constatación que, sin lugar a dudas, representa una de las grandes contribuciones que el movimiento pentecostal primero, y el carismático después, han hecho a la espiritualidad evangélica en América Latina.

Jesús concluye el diálogo con Nicodemo equiparando la dinámica del Espíritu con el accionar del viento. Parafraseando, entonces, lo dicho por los dos, se puede decir “que no sabemos de dónde viene ni sabemos a dónde va”. En pocas palabras, el Espíritu, como el viento, obra de manera impredecible.

Por lo tanto, una de las primeras enseñanzas de Jesús sobre el Espíritu podría ser esta: “Es más lo que no sabemos del Espíritu que lo que sabemos de Él”. Añadamos: sobre todo en su manera de operar en el mundo. Por tanto, el Espíritu de Dios es una realidad de la que deberíamos hablar menos y vivir más. Pero, muchas veces, en nuestras iglesias ocurre lo contrario: se habla más y se vive o se practica menos. Al hacerlo así, el Espíritu Santo es simplificado a una formulación doctrinal generadora de conflictos y divisiones.

Debido a esto, la teología y los teólogos no se sienten naturalmente cómodos con el Espíritu. La teología, como construcción humana, es una ciencia y, como tal, muy buena para tratar con dimensiones de la realidad donde es posible explicar un principio y un final. Pero, según Jesús, el Espíritu es como el viento, no sabes de dónde viene ni sabes a dónde va. El Espíritu es libre en su proceder, y así evita ser controlado o manipulado. El teólogo Emil Brunner, en su libro *El malentendido de la iglesia*¹, lo expresa con las siguientes palabras:

La teología no es el instrumento mejor adaptado para elucidar con precisión este aspecto de las manifestaciones del alma. Porque teo-logía tiene que ver con Logos y en consecuencia solo está calificado para tratar con asuntos que de alguna manera son lógicos, no con el dinamismo en sus características alógicas. Por lo tanto el Espíritu Santo siempre ha sido hijastro de la teología y el dinamismo del Espíritu Santo el espantapájaros de los teólogos. Por otra parte, por causa de su intelectualismo inconsciente, frecuentemente esto ha sido una influencia restrictiva importante, que sofoca las operaciones del Espíritu Santo o cuando menos, su plena manifestación creativa.

Otra dificultad de la teología para captar la dinámica del Espíritu es el lenguaje teológico. No es el más apropiado para describir el mover del Espíritu. Por esta causa, a muchos teólogos les cuesta entender lo que pasa en un culto pentecostal o carismático. En su tradición litúrgica, por ejemplo, es muy frecuente escuchar a un creyente decir: “Siento un fuego dentro de mí”. Un teólogo, cuando escucha esto, corre a su diccionario de teología y busca la palabra “fuego”, y al no encontrarla, llega a la conclusión de que no es una experiencia cristiana y la rechaza. Pero olvidamos que las personas, cuando describen la manifestación del Espíritu en su vida, no utilizan palabras teológicas sino expresiones místico-

1 Emil Brunner, *El malentendido de la iglesia*, Guadalajara: Ediciones Transformación, 1993.

mágicas, que son parte del lenguaje de experiencias de este tipo. En ese sentido afianzamos la afirmación de que el Espíritu sigue siendo parecido al viento: no sabemos su origen ni su final, pero podemos sentir y experimentar su presencia. Debemos siempre recordar que el Espíritu se mueve en medio de la concreción de la experiencia y no en la abstracción de la teología. En razón de ello, el léxico de la teología tradicional nunca será el más adecuado para captar la realidad alógica e impredecible del Espíritu.

Para orientarnos más sobre el Espíritu, quiero rescatar otras palabras presentes en el libro del Dr. Brunner:

El Espíritu opera con consecuencias abrumadoras, revolucionarias y transformadoras. Se manifiesta de tal manera que deja a las personas asombradas, deseando saber por qué y cómo, y de qué manera quedan derrumbados los muros de separación que apartan a los individuos unos de otros. Su modo de operación es tal que nos obliga [a] adoptar, por un lado, el lenguaje del misticismo, y por otro, el de la magia, ya que el de la lógica y aún de la teología parecen no ser adecuados y poco apropiados.

Me parece importante cerrar esta parte destacando el extraordinario balance que hace Jesús entre el reino y el Espíritu. Muchos cristianos comprometidos en la extensión del reino de Dios en el mundo no le dejan mucho lugar al Espíritu en sus vidas. De la misma manera, creyentes que anhelan cultivar una vida de intimidad con el Espíritu lo hacen dándole la espalda a la realidad violenta e injusta en que vivimos, la cual solo Dios y su reino pueden transformar.

Hacia una nueva forma de hacer teología: de la afirmación a la pregunta.

Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? (Jn 3.9-10).

Es imposible no percibir el contraste entre el Nicodemo que vino afirmando: “sabemos”, y el que luego de escuchar a Jesús hablar sobre el reino y el Espíritu, termina únicamente preguntando: “¿Cómo puede ser esto?”

El paso de Nicodemo de la afirmación a la pregunta, es uno de los mayores desafíos de la teología hoy. Una teología que solo afirma y no se atreve a preguntar termina petrificándose y perdiendo relevancia en el mundo. Cuando reducimos el quehacer teológico a la formulación, transmisión y defensa de doctrinas y dogmas, la teología pierde su capacidad de dar respuestas a las grandes interrogantes del mundo contemporáneo. Hay tantas personas que se preguntan ¿cómo puede ser esto? Que requieren respuesta.

En función del tema que estoy desarrollando me aventuraría, también, a preguntar: ¿cómo puede ser que el Espíritu de Dios se manifieste de manera tan vívida en iglesias con graves falencias en el campo de la interpretación bíblica? Y, en sentido inverso, también: ¿cómo puede ser que el Espíritu de Dios esté tan ausente en las iglesias que tienen una tradición sólida de enseñanza de las Escrituras? Una teología que pregunta es una teología que piensa y reflexiona, que no se conforma con repetir las afirmaciones del pasado.

Nicodemo deja de hacer afirmaciones teológicas y ahora solo pregunta. Entonces Jesús, haciendo uso de una “ironía” muy fina, le responde con otra pregunta: “¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?”. Es imposible, nuevamente, no hacer el contraste. Nicodemo vino diciendo “sabemos”; Jesús termina diciéndole: no sabes. Pero Jesús no busca humillarlo, le muestra el camino hacia la verdadera sabiduría. Por eso titulamos este ensayo: “un maestro que no sabe”.

En la cultura occidental valoramos a un maestro por lo que sabe. Pero Jesús le dará a Nicodemo una nueva perspectiva sobre el significado de ser un maestro, basada no tanto en lo que conoce, sino en lo que no conoce. A partir del reconocimiento de la ignorancia, se construye la verdadera sabiduría. Una conocida frase socrática apunta en esta misma dirección: “Yo solo sé que

nada sé”. Por lo tanto, lo que hace grande a un maestro no es tanto lo que sabe, sino la conciencia de lo que no sabe.

Es en la universidad contemporánea donde más se respira el espíritu del “sabemos”. Este espíritu aflora al conversar sobre cualquier aspecto de la realidad, pero sobre todo, cuando se habla sobre Dios. Profesores y estudiantes creen saberlo todo, entenderlo todo y explicarlo todo. Mas, lo mismo pasa en nuestros seminarios teológicos cuando construyen sus discursos teológicos. Hablan de Dios como si hubieran tomado un café con Él o como si tuvieran un teléfono con línea directa al cielo.

Necesitamos una teología que sea valiente para reconocer que en muchos campos de nuestro conocimiento de Dios y de su voluntad nos movemos de manera tentativa y precaria, con más preguntas que respuestas.

a. De la clave davídica a la clave mosaica

De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio.

Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?

Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo.

Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda más tenga vida eterna (*Jn 3.11-15*).

Ahora sí Nicodemo está listo para aprender. Jesús le va a revelar la clave para entenderlo y conocerlo. Jesús probablemente le habría dicho: “¿Sabes, Nicodemo, por qué tú y los fariseos no pueden ver en mí a alguien que sea más que un maestro y el Mesías prometido? Porque ustedes están esperando a un Mesías en clave davídica. Están buscando un Mesías que sea una reencarnación del rey David y, claro, como no ven en mí tronos ni palacios

ni riquezas ni ejércitos ni poder, me rechazan. Pero si quieres entenderme y comprenderme, debes hacerlo en clave mosaica”.

¿Quién es Moisés? Moisés es quien habla de Dios porque lo ha visto. Jesús es el nuevo Moisés. Él también habla de Dios porque ha visto a Dios. Cuando uno compara a Jesús con Moisés, este solo vio un pedacito de la espalda de Dios (lenguaje antropomorfo), y para registrar todo lo que percibió, se necesitaron los cinco libros del Pentateuco. En cambio, Jesús contempló a Dios en todo su esplendor y majestad porque estuvo en el cielo con Dios, y por eso reclama ser la voz autorizada para revelarlo. Él es el maestro que vino del cielo.

b. De las señales a la cruz

A continuación, Jesús le recuerda un relato en el que Moisés fue el protagonista. Es la muy conocida historia de las serpientes venenosas del desierto de Sinaí. En esta historia, se narra el castigo de Dios al rebelde pueblo de Israel. Dios les envía serpientes cuya picadura era letal. En respuesta al clamor de Moisés por misericordia, Dios le ordena elaborar una serpiente de bronce que tendría la cualidad de salvar de la muerte a las personas mordidas si estas la miraban con fe. Nicodemo, como maestro de la Ley, seguramente había leído este acontecimiento muchísimas veces y enseñado otras tantas. Pero nunca podría haberlo interpretado de la manera en que Jesús lo hizo: en clave cristológica. Ninguna de las tradiciones de la erudición judía veía en este relato una historia que hablara del Mesías y de su razón de ser en el mundo. Puedo imaginarme la reacción de Nicodemo frente a la exégesis de Jesús. Con los ojos bien abiertos y una mirada absorta, probablemente dijo: “He leído este relato tantas veces, pero nunca lo he comprendido como hoy”.

La claves para entender a Jesús no son sus magistrales enseñanzas ni sus impactantes milagros (los dos aspectos que más llamaron la atención de Nicodemo), sino la cruz y su muerte. “Así como la serpiente fue levantada en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”.

EL PODER DEL ESPÍRITU SANTO

¿QUÉ SIGNIFICA HOY EN AMÉRICA LATINA?

Este libro es resultado de la edición 2011 del Premio de ensayo Letra Viva. Los seis ensayos, desde diferentes trasfondos, responden a la pregunta ¿qué significa hoy en América Latina el poder del Espíritu Santo? Nos ayudarán a discernir la presencia y acción del Espíritu Santo en nuestros países y en nuestras comunidades de fe.

- *El reino, el Espíritu y la Palabra: haciendo teología desde América Latina, de Alex Chiang.*
- *Luz en medio del caos: el Espíritu Santo en Latinoamérica, de Daniela Araya.*
- *Luces y sombras en tiempos de avivamiento: una lectura de "los hechos del Espíritu Santo", de Martín Ocaña.*
- *Un nuevo capítulo de los hechos del Espíritu Santo: reflexión sobre la iglesia iberoamericana y el movimiento misionero, de Carlos Scott.*
- *El Espíritu Santo: entre la libertad, la manipulación y la obediencia, de Gina Cabrera.*
- *Significa complicación, de Salomón Melgares.*

Que el concurso de ensayo Letra Viva haya invitado a considerar el tema El poder del Espíritu Santo, ¿qué significa hoy en América Latina? es, de por sí, alentador. El tema y la forma provocadora como se presenta su pregunta final nos convoca a la autocrítica, a la reflexión atenta, cuando no al quehacer teológico con sabor a misión responsable. Porque no se trata solo de hablar del Espíritu ni de pronunciar su poder, sino de confirmar si esa evocación responde al carácter con el que lo vivió Jesús y como lo presentan las páginas de las Escrituras.

*Harold Segura, director de relaciones eclesíásticas e identidad cristiana
Visión Mundial para América Latina y el Caribe*



Ediciones PUMA

Letra **viva**



Teología—Espíritu Santo